

sino que dividíamos la noche en guardias. A las cuatro me tendí en mi litera, sin desnudarme ni quitarme los zapatos y con la gorra al lado. Dormí como un tronco por espacio de dos horas.

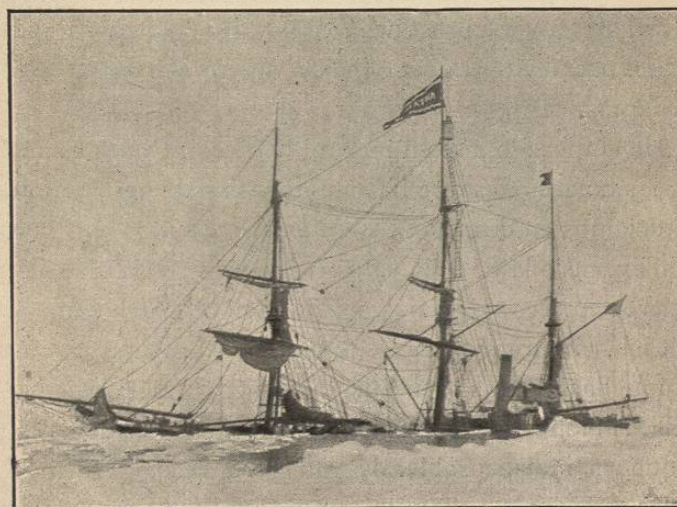
A la mañana siguiente las condiciones del buque habían mejorado bastante, pues se había puesto derecho y estuvo moviéndose todo el día.

Mientras los demás se cuidan de hacer separaciones y cortar pedazos del bloque de hielo, etc., me ocupó yo en distintos preparativos. Mis placas fotográficas son pesadas y grandes, 18 × 24 centímetros, y no puedo pensar en llevarlas conmigo á tierra. No hay á bordo mucho papel para tirar copias, pero el que encuentro lo aprovecho con la idea de que á lo menos no se pierdan las vistas más interesantes.

El 3 de febrero fué un día que merece recordarse. Por la mañana todo aparecía igual, el hielo firme y compacto como siempre, pero se movió un poco en rededor. Nos encontramos casi en medio de las islas de Paulet y Cockburn. Al obscurecer, el terrible témpano que teníamos á proa, empujó fuertemente al «Antártico» hacia atrás, y este golpe no lo resistió el otro bloque, cuya base se rompió, separándose á un lado, y quedamos á flote. Pero el choque había sido demasiado rudo, la vía de agua se hizo mayor, tuvimos que hacer trabajar con ardor la bomba de cubierta; la de la máquina continuó, como de costumbre, á todo vapor, pero á pesar de ello nos vimos obligados á ayudar con las bombas de mano. Todo esto surtió su efecto, pues la faena, continuada sin interrupción, dió por resultado que el agua no aumentase en la bodega.

Al día siguiente se emprendieron nuevas operaciones

dirigidas á tapar aberturas, y el buque ya no hizo tanta agua. Con ayuda de una barra conseguimos retirar á un lado el témpano de hielo que teníamos por la proa y quedamos sueltos y completamente libres. Si el hielo llega á dispersarse, nos será posible ponernos en marcha. Ciertamente que la máquina hacía retemblar algo la



Más hacia el fin.

popa, quizás demasiado, y para evitarlo pusimos una maroma y una cadena sujetando la quilla y el codaste.

El hielo no se dispersaba, pero empezaba á agitarse vivamente. Los atornillamientos se repetían de vez en cuando, y teníamos que estar continuamente prevenidos para guardar la popa, pues á veces, á duras penas llegábamos á tiempo de defenderla contra los continuos ataques; así hubo momento que no pudimos conseguirlo y el hielo rompió una maroma como si hubiese sido un

finísimo hilo de coser. Muy cerca de nosotros se encuentra la isla de Cockburn; el día 6 se apreció la distancia en sólo catorce minutos. Muchos de nosotros teníamos la creencia de que nos observaban desde la estación, y que en este momento nos estarían viendo.

Hasta aquí los botes y las provisiones han permanecido en uno de los témpanos de hielo, pero como empiezan á moverse, resolvemos llevarlo todo otra vez á bordo, para evitar que el mejor día tomen viento y los perdamos.

He empezado á examinar mi herbario. Como es sabido, las colecciones que hasta entonces habíamos reunido las dejamos en el mes de septiembre de 1902 en Port-Stanley, pero la de más valor y de mi pertenencia, ó sea el herbario recogido en las islas y riberas del canal de Orleans, naturalmente, lo tenía á bordo. Parte siquiera de aquellas plantas prensadas no quiero dejar de llevarmela, si bien me será difícil conservarlas en estado seco, lo que es indispensable. Es un verdadero martirio no poder elegir más que un musgo de aquí, un líquen de allá y tener que abandonar el resto del paquete; pero no hay otro remedio, y tras un profundo suspiro tengo que hacerlo. ¡A qué sacrificios no hubiera estado dispuesto con tal de conservar mis colecciones! K. A. Andersson y yo hablábamos de esto sin cesar. Aun no habíamos perdido del todo la esperanza de poder embarrancar el buque, y en este caso todas las colecciones podrían salvarse. Nunca llegué á creer que mi «miserio herbario» llegaría á tener el valor que luego alcanzó.

7 de febrero.—Hasta este momento no ocurre nada que merezca mencionarse, pero por la noche comenzó á soplar el viento, que fué aumentando por momentos

hasta convertirse en terrible tempestad. Los bloques de hielo se hacían pedazos contra los costados del barco. A las tres me vestí y marché arriba. Nos hallábamos en aquel momento en un claro pequeño, teniendo dos témpanos á uno y otro lado de la proa á los cuales estábamos sujetos con tres fuertes cuerdas. A estribor había un peligroso témpano que, sin cesar y de manera amenazadora, se acercaba á la parte más resentida de la popa. Procuramos retenerlo á distancia, picándole con largas perchas, ó tirando de esta ó aquella cuerda. Oíanse crujidos por todos lados, en tanto que el hielo, á merced del huracán, era arrastrado hacia adelante con terrible violencia. La tempestad, de sur sudoeste, no amainó hasta bien entrada la noche, continuando el hielo en movimiento y encontrándonos ya á bastante distancia de la isla de Cockburn.

En la noche del 10 empezó el hielo otra vez á ponerse en dispersión, y desde el barril pronto se vieron huecos al este y al norte. En la máquina se habían tomado varias disposiciones dirigidas á producir la evaporación del agua que por las aberturas iba entrando en el buque, operación que en cierto modo vendría á proporcionarnos una bomba más. Antes de mediodía teníamos intención de probar nuestra instalación, pero cada movimiento de la hélice hacía temblar el casco del buque de un modo imponente, y cuando al cabo de media hora se paró la máquina, entraba el agua con tal fuerza, que íbamos perdiendo toda esperanza. Después de hacer trabajar las cinco bombas, conseguimos que bajara algo el nivel del agua.

El cuarto de máquinas presentaba mal aspecto. Un salto de agua, que hubiera dado motivo á la fundación

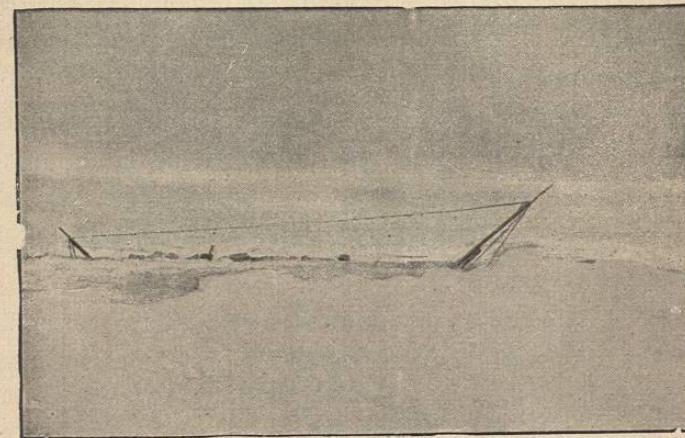
de una sociedad anónima, se precipitaba dentro por el lado de popa. Tocando con la mano parecía notarse que las portas del pobre codaste se habían abierto con la sacudida. Un taco de madera envuelto en un paño que se introdujo en el agujero, aunque sirvió de poco, porque no iba en línea recta, nos evitó, sin embargo, tener que emplear las bombas de mano.

El temblor pudo verse que era causado por el brazo de la hélice, que chocaba contra su apoyo posterior, del cual había saltado en el momento de la catástrofe. Después de grandes esfuerzos se quitó éste, se ató una cuerda fuerte alrededor del codaste y á lo largo de la proa, y se apretó y sujetó bien con el fin de que todas las partes desguarnecidas de la popa quedasen fuertemente unidas y en su natural posición.

Cuando procedemos al examen de la popa por el lado de estribor, el desastre se presenta claro á nuestra vista en toda su extensión. Los más optimistas tienen que darse por vencidos. Un tercio de la quilla, llevándose consigo un par de tablas, ha desaparecido por la parte de popa y ha quedado un agujero que ningún poder humano puede tapar. Si pudiéramos hacer embarrancar la embarcación en la costa—pensábamos todos—podríamos darnos por muy satisfechos.

Me parece conveniente decir algo acerca de las averías sufridas. Muchos han criticado nuestra expedición por haberse confiado á un barco viejo y en mal estado. No puede negarse que si hubiésemos tenido un buque nuevo de la misma construcción del «Antártico», seguramente habría sido de alguna más resistencia, pero no cabía buscar reparos respecto á sus condiciones, aun á pesar de su mucho tiempo, treinta años completos. Por

de pronto, la madera estaba todavía sana, y esto no podía de ninguna manera ponerse en duda. Además, era bien patente que cualquier otro buque del tipo corriente para los mares de hielo, en el lugar del «Antártico», hubiera sufrido también averías de más ó menos consideración. Cuando el hielo empezó á empujar al buque



Fin.

por el costado de babor contra la enorme mole de hielo que había á estribor, fué aquel subiendo más y más sobre ella en tanto duró la inclinación del costado, pero cuando llegó su vez á la quilla, vino, como consecuencia muy natural, el desprendimiento de ésta. Para poder resistir un golpe semejante, se precisaba un barco *extraordinariamente perfeccionado*. Dicho en pocas palabras: si el «Antártico» *no hubiese tenido quilla*, estaría aún bailando sobre las olas.

Por la noche tornóse el hielo más inquieto que nunca. Estaba yo recreándome ante una taza de caliente té y un par de excelentes rebanadas de pan con manteca y queso,

cuando oí que la tempestad arreciaba. Me levanté en seguida y corrí sobre cubierta para ver si acontecía algo de particular. El hielo se precipitaba de aquí para allá. Montañas y témpanos enormes de hielo, cuyos reflejos verde oscuros en el agua ni aun á distancia prometían nada bueno, amenazaban á cada momento arremeter contra el barco. Tan pronto maniobrábamos en el bote grande para atar una cuerda á algún témpano, como teníamos que hacerlo volver apresuradamente á bordo, siempre expuesto á quedar preso entre el hielo. Yo estoy ayudando á popa cogido á una maroma, de la que unas veces cobramos y otras largamos unas cuantas brazas. Allí estoy tendido, mientras la nieve se me introduce hasta por las narices.

Mi té había desaparecido de la mesa. Más y más agua libre se fué presentando al noroeste y oeste. Presentimos que el momento decisivo se va acercando. Eran las dos de la madrugada. Habíamos llegado á un gran claro é izamos las velas. Esta maniobra en las actuales circunstancias me pareció asombrosa. ¡El «Antártico» de nuevo en camino! Podía creerse que había recibido nueva vida, que sentía los acontecimientos y que empleaba todas sus fuerzas para alcanzar la costa salvadora. Nos parecía que nunca lo habíamos visto andar con tanta velocidad. De pronto fuimos á parar entre unas moles de hielo que tocaban fondo. Dejábase sentir allí tan impetuoso remolino en las aguas que todos nuestros esfuerzos eran vanos; el buque no obedecía al timón.

— ¡Prontos á la máquina!

La hélice empieza á moverse; el momento no podía ser más crítico. Me dirijo al puente. Allí está Larsen; nuestra comprometida situación se retrata en su sem-

blante... No es posible hacerse cargo lo que supone para un marino perder su buque. El hielo empieza á unirse y se da toda máquina, pues debemos acercarnos á la isla de Paulet tanto como nos sea posible.

—¿Crees que cuando paremos podremos conservarlo? —le pregunto á Larsen.

—Ya veremos; por el momento no puedo decirlo; pero lo veo difícil—me contesta.

Yo también lo veo difícil; tengo poca confianza.

Ya llegamos otra vez á hielo firme. El agua empieza á subir y corremos en confusión á mirar por la escotilla del palo mayor.

¡El agua sube! ¡Duro á las bombas!

Trabajamos con todas nuestras fuerzas, echando de vez en cuando una mirada á la bodega; pero todo es inútil, el agua continúa subiendo. De pronto nos pareció que empezaba á bajar. ¡Bravo, ya disminuye!... pero acto continuo entraba otra vez con irresistible violencia. Trabajan seis bombas á la vez; todos nos esforzamos hasta lo indecible; ríos de agua corren por los tubos, la bomba de vapor trabaja con velocidad terrible... como nunca lo había hecho; el ruido es insoportable, todos los brazos están en actividad... pero nada, ¡todo resulta inútil! Lentamente, però sin cesar, va subiendo el agua y desaparece la contraescotilla para no verse más.

—¡Arriba todo el mundo, que se sumerge!—escuchamos de pronto.

Así es en verdad, se sumerge. El pronóstico se cumple, por fin. No hay que andarse con vacilaciones. A trabajar, que es mucho lo que hay que hacer. Se reúnen las provisiones sobre cubierta y en seguida se trasladan á un témpano de hielo, al cual está amarrado el buque

con fuertes cuerdas. Se ha puesto en movimiento la tripulación y todo se transporta, formando montones de sacos y barriles, potes y cajas que quedan en revuelta confusión sobre el témpano mencionado. Colchones, palos y tablones, herramientas, velas, todo lo más heterogéneo se va reuniendo allí. Los gatos, llenos de terror, se trasladan también y se colocan en uno de los botes. Los pobres animalitos, que tan mal lo han pasado durante el desorden del último mes, se hallan acobardados por completo. Esperábamos que las ratas empezarian á salir tan pronto como notasen que crecía el agua, pero no vemos ninguna, aunque podían contarse por cientos.

A las ocho terminamos el trabajo. Nos reunimos todos en la cámara por última vez. No hay otro remedio, tenemos que someternos á los rigores del destino abandonando nuestro buque, que tanto hemos querido, testigo de nuestras penas y de nuestras alegrías, esperanza de nuestro porvenir.

Dignamente ha vivido y dignamente morirá. ¡Bebamos por el «Antártico» y agradezcamos sus servicios! Apuramos los vasos hasta la última gota. Luego subimos á cubierta uno tras otro. Habíamos contemplado por postrera vez aquella cámara donde tantos planes se han discutido, tantas cuestiones científicas aclarado, tantas historias alegres se han contado y tantas carcajadas han resonado. ¡Adiós, adiós para siempre! No me atreví á mirar el armario que encierra mi rico herbario. Causábame verdadera tristeza tener que abandonarlo.

Debajo del brazo llevo un envoltorio de plantas. Es, si se me permite la alabanza, una obra de arte en su clase, donde todas las muestras de plantas están ordenadas en paquetitos y éstos colocados de tal modo en el



Oficiales y tripulación del «Antártico» á su vuelta á Suecia.

envoltorio, que ocupan un lugar reducidísimo. Debido á esto, cuando, al llegar á casa coloqué mi herbario con más desahogo, no resultó tan pequeño como se habría creído. Los paquetitos se elevan á varios cientos. Si esas plantas pudiesen hablar, tendrían bastante que contar. Para poder conservar el envoltorio seco, procedí de la siguiente manera. En la mesa de la cámara había un mantel de hule. Algún tiempo después del choque fatal, le dije á Larsen: «Creo que puedo, sin escrúpulo ninguno, tomar este mantel para envolver mis plantas, porque supongo que no te harás ilusiones; nuestro barco no podrá resistir mucho más.» Larsen tenía entonces esperanzas ó por lo menos nos lo daba á entender, y me contestó con una evasiva.

La misma mañana que íbamos á abandonar el barco, pregunté al capitán: «¿Creo que ahora ya podré tomar el mantel?» Esta vez no hubo oposición alguna, desgraciadamente.

El agua llega ya al entrepuente, y es probable que empiece á hundirse con rapidez, siendo lo más acertado trasladarse al hielo. Izamos la bandera sueca en el pico (*) y los gallardetes en los topes de los palos de popa y mayor.

Acto continuo lo abandonamos. Se oye que gritan: «Cortad las amarras.» Se dan unos cuantos hachazos y el buque, al quedar suelto, se adelanta un poco. Para

(*) Después de llegados los telegramas dando noticia de nuestro salvamento, apareció en varios periódicos un relato de la sumersión del «Antártico», relato cuya autenticidad garantizaba su autor. Tan verídica era como que procedía de una entrevista que celebró conmigo. Pero se decía, entre otras cosas, que la bandera sueca se había izado en el tope del palo mayor y fué lo último que desapareció bajo las olas, y eso no lo he dicho yo nunca. Además, que ya es sabido de todo el que tiene algunos conocimientos en tales asuntos, que un barco sueco jamás iza la bandera de su país en los topes, sino siempre en el pico.

hacerlo ir más lejos se coge toda la tripulación á él y lo hacen pasar más allá del témpano de hielo en que se encuentran todos nuestros efectos. Se trata ya únicamente de enterrarlo. «Se defiende todavía,» estábamos diciendo, cuando, repentinamente, se llenó de agua, formándose un remolino tan grande, que se hacía muy expuesto permanecer cerca de él con los botes. Casi llegamos á temer que el témpano nuestro se hiciese pedazos.

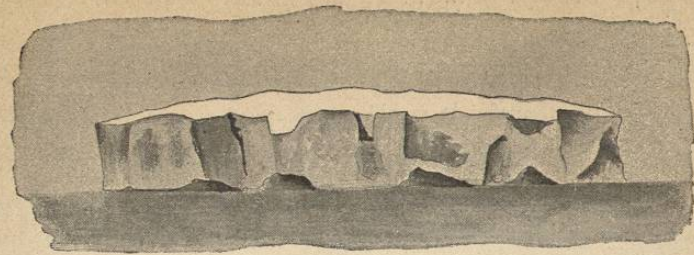
Poco antes el piloto se había apercebido de que quedaban olvidadas á bordo unas pastillas de tabaco de masticar que constituía su principal vicio, y con un par de hombres corrió hacia allá en la canoa, volviendo en seguida, una vez cumplido su deseo. Lo que pudieron ver entonces causaba horror; abajo, en la cámara, había medio metro de agua, y tanto las velas como los fardos de plantas y demás objetos que allí quedaron, flotaban en confuso movimiento de uno á otro lado.

Todos en hilera estamos de pie en el borde del témpano y ni por un momento podemos apartar la vista del barco, que ahora se ha acercado á nosotros, pues sólo nos separa unos 25 metros. La máquina continúa trabajando, aunque las calderas seguramente estarán medio apagadas, pero el vapor no se habrá concluido todavía. Las bombas trabajan aún, si bien el ruido que producen se hace por instantes más y más débil, hasta que se extingue. Lentamente se va sumergiendo. Creemos por un momento que se irá á fondo introduciendo primero la proa, pero pronto se pone otra vez á nivel. Después desaparece el nombre que lleva á proa, ya llega el agua á las bordas, y se precipitan como un huracán pedazos de hielo y torrentes de agua sobre cubierta. Aquel ruido

singular no lo olvidaré nunca, por muchos años que viva. Tal espectáculo resultaba terrible, me encontraba profundamente conmovido, aunque cuidaba de que nadie lo notase. Quería hacerme fuerte pero no podía.

La amarilla y azul insignia va quedando cubierta por el agua... El palo de popa da sobre el borde de nuestro témpano y se quiebra, después el palo mayor, que igualmente se rompe, el barril deja oír su traqueteo dando sobre el hielo, y la banderola con el nombre del «Antártico» desaparece también. Después el bauprés, el último tope...

Todo ha concluído.



Iceberg.

CAPITULO XXIV

Sobre hielo flotante

Lo hemos visto y nos parece mentira. Hemos recibido el golpe, el duro golpe, y debemos conformarnos, aunque sin dejar por ello de emplear insistentemente todos los medios que estén á nuestro alcance para salir adelante. Ahora empieza la batalla, la verdadera batalla para salvar nuestras vidas. No hay que acobardarse.

Ya no tenemos casa. ¡Cuán grande ha sido nuestra pérdida! ¿Quién no piensa en este momento en el «Antártico» que ha desaparecido para siempre? Yo no puedo olvidar mis colecciones; lo primero que K. A. Anderson y yo hablamos se refiere á ellas. ¿Cómo podríamos obtener la compensación? Ha desaparecido el fruto de gran parte de nuestro trabajo, que constituía nuestro orgullo. Es cierto que lo perdido sólo era el producto de los últimos meses de investigaciones, pero se trataba precisamente de lo más importante de nuestras colecciones antárticas. Lo sentí entonces, lo siento ahora, y no dejaré de sentirlo hasta haber conseguido otras semejantes.